

El fuego de las noches de Audomaro Ernesto Hidalgo o del por qué la literatura en Tabasco es algo más que Pellicer, Gorostiza y Becerra

>Álvaro Solís*

33

Cinzontle

La poesía de Tabasco es un asunto vivo, así lo demuestra un buen número de poetas nacidos o radicados en el estado y que hoy configuran una obra cuyos alcances trascienden, en mayor o menor grado, a nivel nacional. Algunos de estos poetas tienen carreras literarias ya consolidadas y dotadas de prestigio a través de premios y publicaciones, en tanto que los demás están actualmente construyendo poco a poco los cimientos de una trayectoria en el mundo de las letras.

El camino no es fácil, a pesar de que la vocación literaria es algo anómalo entre tantas otras vocaciones que abarrotan las aulas de las distintas instituciones educativas de nuestro estado, del país, del mundo. Faltan instancias que incentiven, que faciliten y posibiliten la publicación de la obra de los más jóvenes, y no

sólo reediciones de reediciones de poetas ya consagrados. El número 155 de la revista *Punto de partida* de la UNAM, agrupa a la más joven generación de poetas tabasqueños, nacidos entre 1970 y 1985, a pesar de que todos ellos tienen una obra ya importante, apenas la mitad de estos escritores han tenido la oportunidad de ver sus escritos en un libro. Afortunadamente entre el momento en que se publicó ese número de *Punto de partida* y el día de hoy, dos de los escritores incluidos en esa selección han roto con ese estigma y hoy pueden estar orgullosos de su primera publicación de manera individual en un libro, es el caso de Beatriz Pérez Pérez y Audomaro Ernesto Hidalgo y su ópera prima *El fuego de las noches*.

¿Cómo afronta un joven tabasqueño el hecho irrefutable e irreprimible

de una vocación literaria? Las opciones no son, por desgracia, muchas. Tabasco adolece de un espacio propicio para la profesionalización de los que desean dedicarse con seriedad al mundo de las letras, aunque hay, claro está, algunas pequeñas islas, como es el caso del taller de poesía que se imparte en la UJAT desde hace varios años, la Escuela de Escritores José Gorostiza, y los pocos talleres de poesía decorosos que todavía quedan en esta ciudad de murallas y ríos indomables. Ni siquiera hay en Tabasco una librería en donde un verdadero aficionado a la literatura pueda aliviar sus ansias por conseguir algún libro. Entonces, cuando se han agotado todos estos angostos caminos de posibilidad para la realización de una vocación literaria, surge, en aquellos que se han decidido por el

* Texto leído en el auditorio Heriberto Olivares, de la DAEA, durante la presentación de *El fuego de las noches*.

** Álvaro Solís (Villahermosa, 1974), licenciado en filosofía y Maestro en literatura mexicana, actualmente cursa el doctorado en Filosofía. Obtuvo el Premio Tabasco de Poesía José Carlos Becerra 2003, Premio Nacional de Poesía Amado Nervo 2006, Premio Clemencia Isaura de Poesía 2007 y Premio Nacional de Poesía Joven Gutierre de Cetina 2007. Ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas.

34

Cinzontle

camino de las letras, una sola opción: emigrar. Éste es el caso de la mayoría de los escritores que he citado antes, salvo alguna excepción. Una vez que se ha tomado la decisión de emigrar, surge otra pregunta, ¿volver? Si menciono todas estas vicisitudes de los que descubren su vocación hacia la literatura, es porque el autor que hoy nos ocupa ha tenido que tomar las decisiones que he ejemplificado con anterioridad. Audomaro Ernesto Hidalgo es egresado de esta casa de estudios, en donde cursó la carrera en comunicación. Durante su vida académica en esta universidad tuvo la oportunidad de realizar un intercambio en Argentina, viaje que marcó definitivamente la predilección de sus temas. Hidalgo inició literariamente en el taller que impartió, hace algunos años, la poeta chiapaneca Elva Macías, posteriormente asistió una breve temporada al taller literario del Jaguar Despertado. Obtuvo una beca del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tabasco. Luego tuvo que tomar una de estas decisiones que mencionamos antes y emigró a la Ciudad de México gracias a

una beca de la Fundación para las Letras Mexicanas. En 2010 obtuvo la beca del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en la categoría de “Jóvenes creadores” y mientras disfrutaba de los beneficios de esta beca un jurado de lujo integrado por Alí Chumacero, Thelma Nava y Dolores Castro decidió otorgarle el Premio Nacional de Poesía “Juana de Asbaje”, gracias al cual pudo ver publicado su primer libro *El fuego de las noches*.

He tenido el privilegio de la amistad de Audomaro, y del privilegio de su poesía desde hace varios años. He leído sus poemas, diferentes versiones de un mismo poema, he sido testigo de la génesis de prácticamente todos los textos que conforman *El fuego de las noches* y de cómo la vocación de Audomaro se ha ido fortaleciendo, de cómo la vida lo ha ido llevando con sutil lazo, hacia los fuegos de la poesía. Audomaro, lector agudo e incansable, ha sabido imprimir en sus poemas no sólo las vivencias que le han provocado la necesidad de expresarse por medio del lenguaje, sino que a través de su obra establece un diálogo con los autores que le han robado el

aliento. Toda la poesía es un diálogo incansable con otros autores, con uno mismo, con el espíritu de la época que a cada autor le toca vivir. Pero no cualquier diálogo es la poesía, es un diálogo que se lleva siempre a cabo en la orilla de abismos insondables, en los límites del tiempo de lo cotidiano y de ese otro tiempo que funda la literatura. Un diálogo entre sentimientos, ideas, imaginación es la poesía. El fuego de las noches da testimonio de ese diálogo, uno descubre entre líneas los interlocutores de ese diálogo que es la poesía de Hidalgo, uno ve, uno descubre otras voces, las voces fundantes de su poesía en autores como Enrique Molina, polizonte de la palabra marina. Los tonos de la poesía de Audomaro son más bien solemnes, poesía que, como la de Juarroz o Porchia, aspira al hallazgo que rebasa los límites propios de la literatura, de la imaginación, y aspira a revelar lo escondido detrás de la superficie de las cosas, logrando por momentos alcances filosóficos de verdadera sabiduría. Recuerdo que una tarde, en un lugar inencontrable de la zona luz, Maro me leyó unos poemas. El



Serie: Piñatera.

lugar era oscuro y ruidoso, todo ajeno a un lugar propicio para leer poesía. Aun así, los poemas que me mostró me maravillaron. Yo le dije de inmediato que allí había poesía. Recordemos aquella sentencia de Paz en el capítulo inicial de *El arco y la lira* en torno a que es posible encontrar poemas sin poesía y a su vez poesía más allá del poema. ¿Cómo es posible esto? ¿Qué quiere decir que hay poesía en un poema? Aquello que llamamos poesía es en realidad algo inasible, casi inabordable. Poema, siguiendo también la idea de Paz, es el lugar de encuentro entre la poesía y el hombre, el poema es el modo sensible de aquello que llamamos poesía. ¿Pero entonces, qué es poesía, y cómo es que la poesía puede estar en un poema en específico? Poesía es presencia, es diálogo, es una forma de la espera, es comunión y comunicación profunda y humana.

Por lo anterior, podemos considerar a la poesía como un decir inacabado. Cada poema abre la puerta para el decir de otro poema futuro. Cada poema parte de los puntos suspensivos dejados por otros poemas del pasado, de la tradición. Todos los poemas dialogan y su decir es acumulativo. Quien escribe, lee o escucha un poema no alcanza a aprehenderlo todo. Cada contacto con el poema nos acerca al sentido del decir poético. El poeta no es el creador del poema, sólo su vocero, pues a través de él algo más se manifiesta.

Pienso con insistencia en dos versos del que considero es uno de los mejores poemas que conforman El fuego de las noches, el poema se titula "Sombras de otra orilla". El primer verso que quiero evocar es: Mi corazón crece como un árbol de fuego. Se trata sin duda de un verso poderoso, imagen viva que mezcla tres elementos primigenios, la tierra (por medio del árbol), el fuego evocado de forma explícita, también el aire, sin el cual el fuego no podría ser. Pensemos que el



Serie: Piñatera.

fuego necesita para su combustión algún material, el cual es a su vez consumido de manera inevitable por el fuego. En el verso hay otro elemento importante: el crecimiento. Se trata pues de un fuego joven, que no ha llegado a su punto más alto y que no dudo algún día alcanzará. Todo lo anterior explica en parte por qué este verso nos llama, nos confronta, sin embargo no es posible explicar por ahora por qué en este verso anida la poesía. Pero hay otra línea, la línea final de este poema que nos toca de igual manera, esta línea es: Al final de este verso hay una puerta que se abre. ¿Cómo es posible esto? El poema está conformado por palabras, las mismas que usamos para los asuntos más cotidianos. El poema va más allá de sus propios límites al decir que al final del poema, hay una especie de entrada hacia otro sitio. Una puerta abierta que no sabemos hacia dónde nos lleva, lo cual nos trae a cuenta nuevamente a Octavio Paz, ya que él, en el libro ya referido, afirma que la ver-

dadera poesía no está en lo que el poema dice, sino en lo que el poema sugiere. Imagínense la potencia poética evocada por las palabras de Audomaro, que crea puertas en donde antes no las había, no hablo de puertas físicas, tampoco de las puertas ideales que descubrió Platón, hablo de la puerta como una metáfora de algo que es por ahora inabordable, una puerta a la que ya ni siquiera tenemos que tocar para que alguien o algo nos abra desde adentro de ese etéreo y casi inabordable edificio, tampoco necesitamos una llave para abrir su cerrojo. La puerta está abierta y sólo necesitamos entrar, dar un paso, echar una mirada con los ojos del intelecto y la imaginación a lo que sucede dentro. ¿De qué material estará hecha esa puerta al final del poema "Sombras de otra orilla"? ¿Quién o qué abrió esa puerta?

Yo invito a que lean a Audomaro con la plena seguridad de que en lo que escribe se asoma aquello inefable y eterno que algunos, me incluyo, llamamos poesía.